



Sergi Pàmies



Panfleto

El panfleto es un género muy agradecido. Conviene que sea breve y, a ser posible, violento. Me refiero a una violencia verbal, por supuesto, basada en argumentos que, por tradición, buscan la descalificación de alguien o de una idea. El profesor Jordi Gracia acaba de publicar *El intelectual melancólico*, un panfleto (Ed. Anagrama), que combate abiertamente la melancolía aplicada a la especie intelectual. Los miembros de esta especie tienen la facultad de mutar en función de las circunstancias. Practican el placer del autoodio con tanto ahínco (casi como un onanismo) que, a menudo, fingen ser lo que no son para poder zamparse a otro intelectual. En otras palabras: la satisfacción más preciada de un intelectual es devorar, con enérgicos y autocomplacientes mordiscos, a un congénere.

Eso es lo que ha hecho Jordi Gracia, practicar una gimnasia canibal a través de un discurso sarcástico y preciso sobre la melancolía regresiva y reaccionaria de los que justifican su propio inmovilismo y frustración amparándose en una negatividad transversal y apocalíptica. Dos ejemplos: "Casi siempre el melancólico de hoy fue el progresista ilustrado y burgués de la Europa del sesentayocho. Fue un joven iconoclasta y hoy es un adulto resentido por el fracaso de su utopía menor pero sobre todo porque el cambio social ha tomado una dirección para la que no tiene mapa ni brújula". O: "De-

nunciar la pobreza de la cultura actual por la vía de desacreditarla es un fraude imperdonable de estos melancólicos porque en sus manos está transformar esa percepción descorazonadora en razones para el coraje estimulante".

La melancolía es una impostura que paraliza y desactiva, viene a decir Gracia

El panfleto insiste en una idea expresada de distintas maneras, a veces incluso con un optimismo entre temerario y patológico. La melancolía es una impostura que paraliza y desactiva, viene a decir Gracia. No sólo no está justificada en relación a los progresos objetivos de la humanidad sino que se contradice con la voluntad transformadora que, cuando aún no habían adoptado la acritud y la queja mecánica como máscara, manifestaban los preintelectuales. Es una lectura estimulante, que busca más el diagnóstico que el tratamiento. Y, mientras sonríe, el lector también puede jugar a imaginar qué le ocurrirá a Gracia cuando regrese a la universidad y sus colegas le miren preguntándose si son o no melancólicos. Y los que saben que lo son, experimentarán la máxima satisfacción que puede sentir el lector de un panfleto: discrepar de lo leído en calidad de aludido y hallar el combustible para seguir despotricando de todo y de todos, alimentando la musculatura del odio y la vanidad.